http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/cal Caldasia 38(2): xvii-xxiii. 2016

El Instituto de Ciencias Naturales, expresión moderna de la Expedición Botánica de Mutis

El Instituto de Ciencias Naturales cumple 80 años. Me sorprendo ahora al pensar que yo entré a hacer parte de esta importante institución cuando solo habían pasado 24 años desde su fundación como Departamento de Botánica de la Universidad Nacional de Colombia. Ingresé como estudiante de la recién fundada Carrera de Ciencias Naturales en el año de 1960. Eso quiere decir que he visto su discurrir por 56 años, a veces muy de cerca, a veces de lejos. Creo que solo María Teresa Murillo –a quien rindo aquí un homenaje de admiración, de respeto y de amistad– me sobrepasa en esa historia.

El Instituto lleva con orgullo la herencia de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, dirigida por José Celestino Mutis entre finales del Siglo XVIII y comienzos del XIX y en la cual participaron próceres de la independencia colombiana como Francisco José de Caldas, Camilo Torres y Jorge Tadeo Lozano.

La historia actual del Instituto puede trazarse con facilidad a aquella primera gran empresa científica. En efecto, uno de los dibujantes más ilustres de la Expedición, Francisco Javier Matís, quien aprendió botánica con Mutis y fue llamado por Alexander von Humboldt "el primer pintor de flores del mundo", afortunadamente no fue sacrificado por los pacificadores españoles y se convirtió en maestro de José Jerónimo Triana.

Triana ha sido uno de los científicos más importantes que ha producido Colombia. En la segunda mitad del siglo XIX fue botánico de la Comisión Corográfica de Agustín Codazzi, y recorrió el país adelantando su trabajo de investigación sobre la Flora colombiana. Posteriormente viajó a Francia donde trabajó con algunos de los botánicos más importantes de la época. Triana murió en Paris en 1890. Algunas de sus colecciones hacen parte del acervo del Herbario Nacional Colombiano; en efecto, como ejemplar No. 150.000 se incluyó su colección No. 1316 que corresponde a una orquídea del género *Stelis* (*S. trianae* Schltr.).

Díaz Piedrahita (*La Botánica en Colombia, hechos notables en su desarrollo*, Col. Enrique Pérez Arbeláez No. 6, Acad. Colomb. Cienc. Ex. Fis. Nat., 1997) identificó tres momentos "estelares" en su descripción de la historia de la botánica en Colombia: **1) Mutis y la Expedición Botánica**; **2) José Jerónimo Triana y la Comisión Corográfica** que estuvo activa en los primeros años de la segunda mitad del Siglo XIX; después hubo un periodo de transición, que el autor llama "Botánica de alcance parroquial", con personajes como Santiago Cortés (1854-1924), autor de una *Flora de Colombia*, Andrés Posada Arango (1839-1909), Carlos Cuervo Márquez (1858-1930), autor de un *Tratado elemental de Botánica* (1913), Joaquín Antonio Uribe, (1858-1935) autor, entre otras obras, de una *Flora de Antioquia* (publicada en 1941), y Emilio Robledo Correa (1875-1961), autor de unas *Lecciones de Botánica*; y **3) Enrique Pérez Arbeláez** y la creación del Herbario Nacional Colombiano.

Como la historia se escribe desde distintos puntos de vista, cabe mencionar que Pérez Arbeláez ("*Las ciencias botánicas en Colombia",* en Apuntes para la historia de la ciencia en Colombia I: 101-161, Colciencias,1971) había propuesto dos

etapas para dividir el desarrollo de la botánica en el país: **el primer siglo**, desde la llegada de Mutis a la Nueva Granada en 1760 hasta la publicación en 1860 de la obra de Florentino Vezga sobre la Expedición Botánica (Vezga, F., *La Expedición Botánica*, 4ª. Edición, Carvajal & Cia., 1971), y **el segundo siglo** desde allí hasta la fundación del Herbario Nacional Colombiano (1929) y más tarde del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia (1940).

En 1977 (*Botánica,* en Enciclopedia de Colombia, vol. IV: 347-381, 1977) yo añadí el comienzo **del tercer siglo**, desde la creación de la carrera de Ciencias Naturales en la Universidad Nacional de Colombia en el año de 1959. En ese momento comenzó la formación académica propiamente dicha de nuevas generaciones de naturalistas, que ha continuado ininterrumpidamente hasta hoy, que se ha diversificado, que se ha modernizado, pero que mantiene vivo el legado de los hechos y personajes mencionados hasta ahora.

Aquí quiero hacer énfasis en las contribuciones del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia al desarrollo y fortalecimiento académico de la botánica en el país, que me gusta clasificar en tres hitos de los que hablaré más adelante: 1) el curso de botánica sistemática que dictó en 1948 el Dr. Armando Dugand Gnecco, 2) la creación de la carrera de Ciencias Naturales en 1959 que acabo de mencionar, y 3) la creación del programa de posgrado en nivel de Maestría en Sistemática Vegetal y Animal en 1980.

Tuve el inmenso placer de conocer personalmente al Padre Enrique Pérez Arbeláez (1896-1972), fundador y primer director, a quien la ciencia colombiana debe tantas contribuciones; además del Herbario Nacional Colombiano (1929) y del mismo Instituto, Pérez Arbeláez creó el Jardín Botánico de Bogotá "José Celestino Mutis", inició la publicación de la Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada y publicó el clásico "*Plantas útiles de Colombia*", entre muchas otras obras importantes. En mayo de 1936 el Padre Pérez Arbeláez presentó a la Universidad Nacional de Colombia la propuesta de creación de un Instituto Botánico. El 30 de octubre de ese mismo año, mediante Acuerdo 28, el Consejo Directivo de la Universidad aprobó la creación del Departamento de Botánica. El primer predio que se estableció en los terrenos que el Presidente de la República Alfonso López Pumarejo había asignado a la Universidad, lo ocupó Pérez Arbeláez con el Departamento de Botánica y el Herbario Nacional Colombiano. El 30 de enero de 1939, se cambió el nombre de Departamento de Botánica por el de Instituto Botánico.

También conocí al Dr. Armando Dugand Gnecco (1906-1971), naturalista barranquillero y quizá uno de los científicos colombianos más importantes, quien sucedió en la dirección del Instituto al Dr. Pérez Arbeláez. Dugand fue director entre 1940 y 1952. A él se debe el cambio de nombre del Instituto, de Instituto Botánico a Instituto de Ciencias Naturales. El 14 de noviembre de 1940, mediante Acuerdo 128, se estableció que "a partir del 1 de diciembre de 1940 el Instituto de Botánica se llamará Instituto de Ciencias Naturales". Pero, además, creó la Revista *Caldasia* cuyo primer número apareció el 1 de diciembre de 1940. La revista está cumpliendo 76 años de publicación, y su nombre constituye un homenaje a la memoria del primer sabio naturalista colombiano, Francisco José de Caldas (1771-1816).

En el No. 3 de la revista Caldasia (pág. 63, 1941), Dugand fijó las pautas de lo que debería ser el Instituto de Ciencias Naturales. El Programa y Reglamento del Instituto

de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional comenzaba con estas palabras: "La misión del Instituto de Ciencias Naturales es el estudio sistemático del suelo patrio y de sus elementos y producciones naturales con arreglo a las normas modernas de la Botánica, la Zoología y la Geología, y contribuir al adelanto de estas ciencias y de sus diversas ramas de aplicación en Colombia, metodizando la enseñanza universitaria de las mismas y promoviendo la formación de un personal idóneo dedicado a la investigación especializada en el campo de las ciencias naturales". Más adelante agregaba que "Sus trabajos se desarrollarán primero en el edificio de la ciencia pura… teniendo en cuenta que importantes ramas de la agronomía, de la medicina y de la industria dependen en alto grado de la firmeza de la base científica…". Ya en aquella época, el Dr. Dugand hacía énfasis en la importancia de la ciencia pura o básica o fundamental. Pero ya desde aquella época, y aún antes, en el país no se daba importancia a la producción de conocimiento autóctono. En la primera parte del tomo III de la Historia Social de la Ciencia (págs. 9-327, Colciencias, 1993), Olga Restrepo Forero hizo referencia constante a esta situación a través de la historia de Colombia; bien sabemos que ya desde el Siglo XIX los gobiernos han estado más interesados en la "innovación" y la "competitividad", sin tener en cuenta ese dictado reconocido en todos los países avanzados del mundo como absolutamente necesario para el desarrollo armónico de las naciones.

Dugand también creó las revistas *Mutisia* (Acta Botánica Colombiana) y *Lozania* (Acta Zoológica Colombiana), y dictó el primer curso de Botánica Sistemática de la primera mitad del siglo XX (1948); en ese curso participaron personas que más adelante serían profesores del Instituto y harían aportes importantes al conocimiento de la riqueza vegetal del país; fueron alumnos Álvaro Fernández Pérez, Jesús Medardo Idrobo, María Teresa Murillo, Roberto Jaramillo y Daniel Mesa Bernal.

El Dr. Dugand estuvo altamente involucrado en los diseños originales del edificio que hoy ocupa el Departamento de Biología de la Universidad Nacional de Colombia pero que fue construido para albergar al personal científico y las colecciones del Instituto de Ciencias Naturales. El Instituto se trasladó de su primera sede a ese edificio en los años 50.

Durante una buena parte de la década de los años 50 fue director del Instituto el Padre Lorenzo Uribe Uribe (1900-1980), hijo del pedagogo y naturalista antioqueño Joaquín Antonio Uribe. En las palabras que pronunciara con motivo de la celebración de los 25 años del Instituto ("*El 25º aniversario del Instituto de Ciencias Naturales*", inéd., 1963), el Dr. Dugand decía: "No solo las pasifloráceas, sino las aristoloquias, las melastomatáceas, las begoniáceas, las mimosoideas del género *Inga*, han sido preocupación favorita del Padre Uribe, y de ellas nos ha dejado estudios excelentes por su valor taxonómico y por la galanura del estilo". Dugand y Rafael Romero Castañeda describieron el género *Uribea* con la especie *U. tamarindoides* ("tamarindo de monte", familia Leguminosae), dedicándolo a padre e hijo. Yo recibí clase del P. Uribe Uribe pero también fui su colega cuando tuve el honor de ser incluido en el cuadro docente del Instituto por el Dr. Luis Eduardo Mora Osejo, a partir de 1965. Tenía una excelente biblioteca botánica, y siempre recuerdo como anécdota que si me acercaba a su oficina a preguntarle por algún volumen de alguna obra importante, como el Pflanzenreich, por ejemplo, su respuesta era siempre la misma: "No pregunte que tengo, diga que necesita". Un escrito que nos legó el Padre Uribe Uribe y que constituye una muestra de su elegante forma de expresarse, lo constituye

el texto "*Francisco Javier Matís, el pintor botánico (en el segundo centenario de su nacimiento)*" (Rev. Acad. Colomb. Cienc. Ex. Fís. Nat. 12 (45).1963).

Antes de seguir adelante con mis comentarios sobre el Instituto de Ciencias Naturales, me detengo brevemente para mencionar a varios personajes que hicieron contribuciones a las ciencias naturales en el país durante buena parte del Siglo XX (con asterisco indico a quienes tuve la fortuna de conocer personalmente): los Hermanos Lasallistas Apolinar María (Colegio de La Salle, Bogotá), Daniel* (Colegio de la Salle, Bogotá) y Elías (Colegio de La Salle, Barranquilla); Rafael A. Toro, Medellín; J. M. Duque Jaramillo, Universidad de Caldas; Víctor Manuel Patiño*, Fundador del Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas - INCIVA; Gabriel Gutiérrez Villegas, profesor del Instituto de Ciencias Naturales y luego de la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, el Herbario MEDEL lleva su nombre; Luis Sigifredo Espinal*, Instituto Geográfico "Agustín Codazzi", Universidad del Valle y Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín; y Raúl Echeverri*, Universidad del Tolima.

Como lo indiqué al comienzo de este texto, yo ingresé a la carrera de Ciencias Naturales en 1960. Fueron mis profesores el Dr. Carlos Páez Pérez, uno de los primeros, en cursos de biología general; Rafael Romero Castañeda; el sacerdote franciscano Antonio Olivares; Hernando García Barriga; el sacerdote jesuita Lorenzo Uribe Uribe; Luis Eduardo Mora Osejo; Federico Medem; George Dahl; Jorge Hernández Camacho – el Mono Hernández; María Teresa Murillo, Jesús M. Idrobo, y los sacerdotes eudistas Gustavo Huertas y Luis Camargo.

Aunque nunca me dictó clase, fue mi mentor y maestro Álvaro Fernández Pérez. Álvaro Fernández era, junto con Enrique Pérez Arbeláez, el botánico colombiano más reconocido internacionalmente en esa época. El y Jesús Idrobo habían tenido la oportunidad de viajar a Washington por un periodo de dos años para trabajar con Ellsworth P. Killip en el Herbario Nacional de la Smithsonian Institution. El Dr. Dugand (l.c., 1963) describió a Fernández como "cuidadoso, concentrado, exigente, inconforme, a veces rebelde", y a Idrobo como "serio, estudioso, excelente conocedor de la taxonomía lo mismo que su condiscípulo y compañero Fernández". Los dos eran Químicos Farmacéuticos graduados de la Universidad Nacional de Colombia. Fue el Dr. Fernández quien hizo posible mi viaje a los Estados Unidos para adelantar estudios de doctorado, con una beca del Jardín Botánico de Nueva York (New York Botanical Garden), en la Universidad de la ciudad de Nueva York (City University of New York).

Del Dr. Idrobo siempre admiré sus conocimientos sobre distintos elementos de la naturaleza, desde los hongos hasta las marantáceas y otros grupos vegetales, y su valentía al lanzarse a realizar estudios de campo sobre la coca. Infortunadamente, no tuvo la dedicación para publicar que hubiera sido de desear, dados sus amplios conocimientos y la información que había recopilado cuidadosamente a través de los años.

A Roberto Jaramillo Mejía nunca lo tuve como profesor en un salón de clase, pero fue mi maestro de campo. Yo aprendí con Roberto el arte de preparar excelentes ejemplares de herbario, al punto de que, cuando me uní a quien sería mi profesor en los Estados Unidos, el Dr. Ghillean T. Prance, y estuvimos recolectando material botánico en la Amazonia del Brasil, él expresó admiración por la forma experta en que yo preparaba el material en el campo.

De Roberto Jaramillo dijo el Dr. Dugand (*l.c*., 1963): "Ha sido y es el maestro guardián y conservador irremplazable del Herbario Nacional Colombiano….Activo, diligente, de carácter jovial y en extremo servicial, Jaramillo ha fijado los ojos y la atención una o muchas veces en todos y cada uno de los 100.000 ejemplares del Herbario, preparándolos, arreglándolos, rotulándolos, catalogándolos, contándolos - en una palabra, conociéndolos en forma tal que ha llegado a ser el auxiliar obligado de todos los que buscamos en sus predios la solución de nuestros problemas taxonómicos". Debo parafrasear al Dr. Dugand: "Fue Roberto muchas veces mi compañero entusiasta…en muchas (quizá la mayoría) de mis correrías botánicas por el Chocó y por el resto del país, y guardo de tal asociación con él un recuerdo muy grato. Ciertamente que las etiquetas marcadas "Forero y Jaramillo" no son pocas en el Herbario Nacional Colombiano".

En febrero de 1975, el entonces director del Instituto de Ciencias Naturales, Dr. Álvaro Fernández Pérez escribió (Caldasia 11 (53): 5-7) que entre 1971 y 1974 el Instituto había sufrido varias pérdidas sensibles "por el fallecimiento de naturalistas que contribuyeron al brillo de la Entidad". Fueron ellos Armando Dugand Gnecco (1971), Enrique Pérez Arbeláez (1972), Rafael Romero Castañeda (1973), Andrés Soriano Lleras (1974), Gabriel Gutiérrez Villegas (1974), Luis María Murillo Quinche (1974), y Carlos Lehmann Valencia (1974?). A ellos se agregó el Padre Antonio Olivares (agosto de 1975).

En marzo de 1976 escribí (Caldasia 11 (54): 5-6) una nota sobre el Dr. Rafael Romero Castañeda, quien había fallecido el 10 de enero de 1973. Allí decía que la mayor parte de sus publicaciones mostraban el gran interés que tenían para él las plantas con valor económico. Su obra más importante la constituyen sin duda los dos volúmenes de las *Frutas silvestres de Colombia*, que acompañó después con un volumen sobre *Frutas silvestres del Chocó*. De esa misma nota mía de 1976, extracto lo siguiente: "Romero Castañeda era un hombre sencillo, poseedor de amplia cultura. Aunque su carácter era fuerte, fue amable con quienes acudieron a él en busca de consejo, apoyo y sabiduría". Sobre él anotó el Dr. Dugand (l.c., 1963): "Es el prototipo del observador atento, a quien no se le escapa un milímetro de la longitud de un androceo, ni un detalle minúsculo en la conformación de un pistilo, la dureza de un leño, la fragancia de la flor más inconspícua, o el sabor del más inapetitoso de los arilos y mesocarpos silvestres. Ha recorrido a Colombia prácticamente desde la Sierra de Tairona hasta el Amazonas, desde el litoral chocoano hasta las riveras del Orinoco, y de abajo hasta arriba, de lo tórrido a lo gélido, anotándolo todo con minuciosidad al coleccionar sus ejemplares".

Del Dr. Hernando García Barriga, autor de la *Flora Medicinal de Colombia* en tres tomos publicados en la década de los años 70, dijo el Dr. Dugand (*l.c.,*1963): "…visitador asiduo de selvas y páramos, recorredor incansable de llanos y cordilleras, conocedor experto de las gramíneas, dibujante y fotógrafo de primera fuerza, anotador de las propiedades medicinales de las plantas, particularmente del interesante alucinógeno amazónico llamado yagé; y colector tan activo de ejemplares botánicos que uno de cada diez de los cien mil que hoy forman el Herbario Nacional llevan su rótulo". Fui monitor del Dr. García Barriga en cursos de morfología vegetal y con él tuve el gusto de publicar mi segundo trabajo científico, el estudio de las Leguminosas del *Catálogo Ilustrado de las Plantas de Cundinamarca* (Publ. Inst. Ciencias Naturales, 1968).

María Teresa Murillo, la más importante estudiosa de los helechos en Colombia,

fue la primera mujer en dedicar su vida a la botánica, y la primera en ser aceptada por la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Su exitosa carrera profesional la llevó a trabajar por largos periodos en el Herbario Nacional de los Estados Unidos, en la Universidad de Harvard y en el Laboratorio Hugo de Vries de la Universidad de Amsterdam en Holanda. En 1994 la Universidad Nacional de Colombia la condecoró con la Medalla al Mérito Universitario y en 1998 le confirió el título de Profesor Honorario. La Academia Colombiana de Ciencias Exactas Físicas y Naturales le otorgó el Premio a la Obra Integral de un Científico en 1995 y en 2008 la exaltó a la categoría de Académica Honoraria, máxima distinción que otorga la institución. Cuando escribo estas líneas, María Teresa está en precarias condiciones de salud.

Al Mono Hernández le agradezco, entre otras cosas, el hecho de que dirigió mi trabajo de grado para obtener el título de Botánico en la Universidad Nacional de Colombia. En la carrera de Ciencias Naturales se otorgaban, desde su creación, los títulos de Botánico y Zoólogo. En 1965 se cambió el nombre de la carrera por "Biología", y a partir de 1970 se graduaron los primeros Biólogos. El tema de mi trabajo de grado reflejaba muy bien los intereses del Mono: "*Estudio fitosociológico de un bosque subclimácico en el altiplano de Bogotá, Colombia*", y era el estudio de un relicto de bosque en la Hacienda las Mercedes, en la localidad de Suba. En la actualidad, lo que queda de ese bosque hace parte de la Reserva Thomas van der Hammen.

Volviendo a las contribuciones que el Instituto ha hecho al desarrollo de las ciencias naturales en el país, puedo mencionar cuatro hechos en los que estuve personalmente involucrado. En otros, como los estudios en Ecosistemas Tropandinos, nunca participé ni siquiera tangencialmente. Me refiero, específicamente, a la creación de la Asociación Colombiana de Herbarios, a la sistematización del Herbario Nacional Colombiano, a la creación del posgrado en Sistemática Vegetal y Animal, y a la Flora de Colombia. Todos estos hechos estuvieron ligados a la creación, en 1968, del Fondo Colombiano de Investigaciones Científicas y Proyectos Especiales "Francisco José de Caldas", Colciencias.

El 7 de octubre de 1976 se realizó en el Instituto la primera reunión de directores de herbarios colombianos (Notas divulgativas, Inst. Cienc. Nat. 4: 1-14). En aquel momento se reconocieron 17 herbarios, de los cuales cuatro estaban en Bogotá y sus alrededores (Tibaitatá) y el resto en otras ciudades del país: Pasto, Popayán, Cali, Palmira, Manizales, Ibagué, Tunja, Medellín (3), Bucaramanga, Montería y Santa Marta. Posteriormente, el Dr. Jorge Ahumada, Jefe de la División de Evaluación y Control de Proyectos de Colciencias, sugirió que se creara algún tipo de asociación para que los herbarios tuvieran mayor presencia a nivel nacional e internacional. Esta idea dio lugar a la Asociación Colombiana de Herbarios, que es, hasta hoy, la única agremiación de botánicos que ha sobrevivido por 30 años, ya que su organización definitiva data de 1986. En 1977 publiqué en la revista Taxon el "*Index of Colombian Herbaria*" (Taxon 26 (4): 488-491). En ese artículo se oficializaron los acrónimos de varios herbarios que no los tenían hasta entonces.

Entre 1974 y 1977 se adelantó en el Herbario Nacional Colombiano el proyecto de procesamiento electrónico de datos con financiación de Colciencias. Este proyecto era el primero de su clase en América del Sur, y segundo en el mundo, después del realizado en la Universidad de Notre Dame (Herbario NDG), aunque en el Herbario Nacional Colombiano se estaban procesando una cantidad mayor de ejemplares (65,000

en NDG, 120.000 en el Herbario Nacional Colombiano). En febrero de 1976 publiqué, junto con el entonces director del Centro de Cómputo de la Universidad Nacional de Colombia, Francisco J. Pereira, el artículo "*EDP-IR in the National Herbarium of Colombia (COL)*" (Taxon 25 (1): 85-94) que fue ampliamente citado en la época. En 1977 se completó la inclusión de todos los ejemplares del Herbario en la base de datos. Desafortunadamente, como consecuencia de mi viaje al exterior para hacer uso de una beca de la Fundación John Simon Guggenheim a mediados de ese año, el proyecto fue abandonado, y la información que se había acumulado quedó guardada en unas cintas magnéticas cuyo destino final no fue feliz. Mientras el sistema estuvo en funcionamiento, sirvió de base, entre otras cosas, para la elaboración de los primeros borradores de la *Lista anotada de plantas del departamento del Chocó* que Alwyn Gentry y yo publicamos en 1989.

En el año 1980, por indicación del Consejo Directivo de la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Colombia, el Dr. Alberto Cadena (Mastozoólogo) y yo nos dimos a la tarea de organizar el Programa de Posgrado en nivel de Maestría en Sistemática Vegetal y Animal. Gracias a este programa se perfeccionaron un buen número de profesionales de la biología y de otras áreas como agronomía e ingeniería forestal; esta Maestría fue precursora de los programas de doctorado en Biología oficializados posteriormente en la Universidad Nacional de Colombia y en otras instituciones de educación superior en el país. El programa contó con los auspicios de Colciencias, y de él hicieron parte como profesores reconocidas figuras de la ciencia de la época como Maximina Monasterio, Guillermo Sarmiento, Ghillean T. Prance, Jorge Crisci y Ernesto Medina, entre otros.

En el año de 1983 se inició la publicación de la serie *Flora de Colombia*, que contó en sus primeras etapas con el apoyo decidido de Colciencias, apoyo que ha sido inconstante posteriormente. Fue su principal impulsor el Dr. Luis Eduardo Mora Osejo, director del Instituto, decano de la Facultad de Ciencias, rector de la Universidad de Nariño y presidente de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales desde 1982 hasta 2002. La serie ya ha alcanzado la publicación de más de 30 monografías de las que han sido autores botánicos colombianos y extranjeros.

Finalmente, y a riesgo de dejar muchos hechos recientes fuera de este ejercicio, es importante mencionar que el Instituto fomentó la realización de congresos nacionales de Botánica y de Zoología, habiendo organizado el primero de Botánica en 1999 y el primero de Zoología en el año 2000.

Agradezco sinceramente al director del Instituto, Dr. José Murillo, y al editor de Caldasia, Dr. Carlos Sarmiento, la amable invitación que me hicieron para escribir este prólogo, en el que he tratado de hacer un recuento de algunos hechos que, en mi memoria, ocupan lugar destacado en la historia de la institución. He aprovechado para hacer un homenaje a algunos científicos que hicieron parte de la vida del Instituto y que marcaron mi vida profesional y personal. Debo agregar que buena parte de los hitos en la historia del Instituto que menciono en el texto, fueron cuidadosamente recopilados hace algunos años por el Profesor Edgar Linares.

Enrique Forero
Presidente Academia Colombiana de Ciencias
Exactas. Físicas y Naturales
Bogotá, D.C., 13 de noviembre de 2016